

**Adán, el arcángel**  
*Por el Élder Mark E. Petersen*  
del Consejo de los Doce Apóstoles  
( Conferencia General octubre 1980, Liahona febrero de 1981 )

---

En una calurosa mañana estival, visité las tierras de Adán-on-di-Ahman en el Estado de Misuri, en los Estados Unidos. Esperé con vivo interés visitar esos predios porque nunca había yo puesto allí el pie.

El lugar me pareció hermoso: verdes campiñas, onduladas colinas, en fin, todo el paisaje era algo digno de guardar en el recuerdo. Pero, para mí, más impresionante que el panorama era la importancia que tiene ese lugar, puesto que allí vivieron Adán y Eva y su familia. La prodigiosa importancia de todo eso pesaba sobre mí en grado superlativo.

Ese es el lugar donde comenzó la raza humana. Así se nos lo ha dicho por medio de la revelación (Moisés 1:34; D. y C. 84:16).

Adán y Eva conocieron personalmente a Dios; lo vieron y hablaron con El. Se les enseñó el Evangelio de Jesucristo aun en aquel tiempo: siglos antes del ministerio terrenal del Señor, ya que Jesús había sido designado, durante nuestra existencia premortal, para ser el Salvador.

Por consiguiente, el plan de salvación fue instituido entre esos primeros seres humanos: Adán y Eva, y sus hijos. Los ángeles les enseñaron el evangelio, ellos creyeron, fueron bautizados y comenzaron a servir a Dios (Véase Moisés 5).

El pasaje de escritura dice que Adán cultivó la tierra, que crió ganado, y que Eva “se afanaba con él” (Moisés 5:1).

Eran personas muy inteligentes que no tenían nada que pudiera compararse a algún antecesor del *homo sapiens* o a los hombres de las cavernas, que algunos sostienen fueron los primeros humanos. Eran personas instruidas, a las que el Señor mismo había enseñado. ¡Qué preparación! ¡Qué Instructor!

Pensad en ello y tened presente que “la gloria de Dios es la inteligencia o, en otras palabras, luz y verdad” (D. y C. 93:36). Estos dones les fueron dados a ellos y a sus hijos. No había nadie en la tierra que pudiera enseñarles, ya que eran los primeros seres humanos; por lo tanto, esa tarea quedó en manos del Señor y de sus ángeles.

Adán y Eva tuvieron muchos hijos, entre los que estaban Set y Abel, los cuales fueron fieles al Señor en todo sentido. También Caín estaba entre ellos.

Adán y Eva enseñaron a sus hijos a leer y a escribir “poseyendo un lenguaje puro y sin mezcla”, que habían recibido de Dios (Moisés 6:6).

“Y se llevaba un libro de memorias,” en el cual se inscribía en el lenguaje de Adán, porque a cuantos invocaban a Dios les era concedido escribir en esa lengua pura y sin mezcla, por el espíritu de inspiración (véase Moisés 6:5).

“Y así se empezó a predicar el evangelio desde el principio, siendo declarado por santos ángeles enviados de la presencia de Dios, y por su propia voz, y por el don del Espíritu Santo.” (Moisés 5:58.)

“De allí en adelante los hijos e hijas de Adán empezaron a separarse de dos en dos en la tierra, y a cultivarla, y a cuidar rebaños; y también ellos engendraron hijos e hijas.” (Moisés 5:3.)

Fue un glorioso espacio de tiempo... hasta que Satanás vino entre ellos. Ese ser maligno contravino las enseñanzas de Dios y dijo a los hijos de Adán: “No lo creáis”, y desde ese tiempo algunos amaron a Satanás más que a Dios, y apostataron de la verdad.

Esos disidentes perdieron el Espíritu de Dios y, como resultado, se volvieron carnales, sensuales y diabólicos. (Véase Moisés 5:13.) Estas tendencias inicuas siempre conducen a la retrogresión. Por eso, no debiera sorprendernos oír que hubo hombres de las cavernas en la alborada de los tiempos.

Uno de esos disidentes fue Caín, quien hizo un convenio espantoso con Lucifer, y persuadió a otros a que lo siguieran. “Y Adán y su esposa se lamentaban ante el Señor por causa de Caín y sus hermanos” (Moisés 5:27).

Caín aborrecía al recto Abel y codiciaba sus rebaños. Entonces Satanás dijo a Caín que podría apoderarse de los rebaños de su hermano Abel con sólo matarlo.

Y así se verificó el primer asesinato. Reprendido por el Señor y maldecido a causa de su abominable pecado, Caín salió de Adán-ondi-Ahmán y se fue a vivir a la tierra de Nod.

En los tiempos de Adán la Iglesia de Jesucristo estaba firmemente establecida. (Véase *Enseñanzas del Profeta José Smith*, págs. 182, 201.) Hombres como Set y Enós llegaron a ser los primeros patriarcas de la Iglesia, y a través de ellos se estableció una larga línea de líderes del sacerdocio.

Adán tenía las llaves de la Primera Presidencia y se hallaba directamente bajo la dirección del Señor. (Véase *Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 200.) El recibió esas llaves en la Creación, según lo explicó el profeta José Smith (*Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 182), quien añadió: “Cristo es el Gran Sumo Sacerdote; Adán, el siguiente” (*Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 184).

¿Quién fue Adán que tuvo el privilegio de iniciar la raza humana aquí sobre la tierra? ¿Fue acaso algún personaje muy especial en el mundo premortal?

Efectivamente, Adán fue muy especial y muy importante: antes de venir a la vida terrenal se le conocía por Miguel. El profeta José Smith describe claramente a Adán y a Miguel como una misma persona, un ángel, el ángel jefe o arcángel del cielo el siervo especial de Dios y de Cristo.

Cuando Miguel vino a la vida mortal, fue conocido como Adán, el primer hombre, pero seguía siendo el mismo; aun cuando se le dio otro nombre, el de Adán, su identidad no cambió.

Después de su muerte terrenal *reasumió su puesto en calidad de ángel de los cielos, sirviendo de nuevo como jefe o arcángel y tomando nuevamente su nombre anterior, Miguel.*

En calidad de arcángel, Adán, o Miguel, todavía tiene que llevar a cabo una misión extraordinaria, *tanto antes como después del Milenio.* Así será, por asombroso que parezca, pues las Escrituras lo dicen.

Una asignación importante que le aguarda es que él será el ángel que hará sonar la trompeta anunciando la resurrección de los muertos. La revelación dice:

“Mas he aquí, de cierto os digo que antes que pase la tierra, Miguel, mi arcángel, sonará su trompeta, y entonces todos los muertos despertarán, porque se abrirán sus sepulcros y saldrán, sí, todos.” (D. y C. 29:26.)

¡Cuán magnífico el llamamiento de Adán o Miguel! Pero reparemos en que aun en esta asignación —todavía futura— seguirá siendo ángel, el arcángel, pero, con todo, ángel.

En la sección 107 de Doctrina y Convenios, fechada el 28 de marzo de 1835, se le describe como ángel en aquella fecha, hace poco más de cien años, y se le llama: “Miguel, el príncipe, el arcángel” (107:54).

Durante el Milenio, el diablo es tará atado, pero después será soltado por una corta temporada, durante la cual reunirá sus ejércitos del mal para ir a la batalla final contra Dios.

¿Quién dirigirá los ejércitos del Señor? Ningún otro sino Miguel mismo, cuyo cargo de arcángel lo hace idóneo para el de capitán de las huestes del Señor. ¿No es acaso el jefe de los ángeles? ¿No debe entonces guiarlos a la batalla en contra de Lucifer?

En calidad de arcángel sigue ocupándose de los asuntos del Señor con respecto a esta tierra. Su exaltación final, desde luego, está plenamente asegurada, pero debe esperar la terminación de su obra aquí.

Siete ángeles harán sonar la trompeta para anunciar una serie de acontecimientos que precederán la segunda venida del Salvador. Miguel será el séptimo de esos ángeles.

El pasaje de escritura dice: “Y Miguel, el séptimo ángel, aun el arcángel” —y os ruego que advirtáis la forma en que el Señor todavía lo identifica exactamente como ángel, puesto que tal es su estado—. Repito el versículo:

“Y Miguel, el séptimo ángel, *el arcángel*, reunirá a sus ejércitos, sí las huestes del cielo.

Y entonces viene la batalla del gran Dios; y el diablo y sus ejércitos serán arrojados a su propio lugar. . .“ (D. y C. 88:112, 114; cursiva agregada.)

¿Puede alguien, entonces, confundir la identidad de Adán o Miguel? Aun después que hayan transcurrido los mil años del Milenio, él todavía retendrá su condición de ángel, de arcángel, de ser resucitado.

En el año 1842, el profeta José Smith, al mencionar a Miguel, o Adán, quien lo visitó, dijo que éste era un ángel aun entonces —el arcángel—: “La voz de Miguel, el arcángel... y de diversos (*otros*) ángeles, desde Miguel o Adán, hasta el tiempo actual” (D. y C. 128:21). De ese modo nombró a Miguel o Adán junto con los *otros* ángeles.

Así vemos que en 1842, Miguel o Adán todavía era un ángel, y seguirá siéndolo hasta que se verifiquen los últimos acontecimientos de esta tierra (hasta que acabe la última escena de esta tierra).

Adán no fue nuestro Dios, ni nuestro Salvador, sino el humilde siervo de ellos dos en su condición de ángel.

Luego, ¿cuál es su relación con el Salvador y con Dios nuestro Padre?

Jesucristo es el divino Hijo de Dios, el Primogénito de nuestro Padre Celestial en el espíritu y el *Unigénito en la carne*.

Jesús es el Santo de Israel, no Adán ni ningún otro. Jesús es el Unigénito del Padre desde el principio, no Adán, ni nadie más. (Véase Moisés 5:9) Esto lo declaró el Señor mismo.

En el día en que el evangelio fue dado a Adán, el Espíritu Santo descendió sobre él, y la divina voz de Jesucristo —el Jehová de aquel entonces— le dijo por el poder del Espíritu Santo: “*Soy el Unigénito del Padre desde el principio*”. (Moisés 5:9)

Entonces, ¿puede persona alguna reclamar esa distinción para Adán o para cualquiera otro? ¡Claro que no! Jesucristo es el Unigénito del Padre.

¿No aceptaremos con toda fe esta doctrina que tan claramente se expone en las Escrituras?

¡Cristo es el Señor! ¡El es nuestro único Salvador!

El apóstol Pablo tiene un interesante pasaje en su epístola a los hebreos. Habla del Salvador y dice que éste es la imagen exacta de la persona de su Padre. Luego, formula la siguiente pregunta:

“Porque ¿a cuál de los *ángeles* dijo Dios jamás: Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy...” (Hebreos 1:5)

Y, desde luego, la respuesta es inmediata y evidente: Ninguno de ellos, ninguno de los *ángeles*, ni siquiera Adán o Miguel, que es el jefe de los demás.

Jesús de Nazaret fue el *Unigénito Hijo* del Padre.

En ese pasaje, Pablo se refería sólo a Jesucristo. En el versículo siguiente, al seguir hablando de Jesús, llama al humilde nazareno *el Primogénito*, y dice: “Adórenle todos los *ángeles*...” (Hebreos 1:6), y ellos lo adoraron, ...incluso Adán quien adora al Unigénito de Dios, el Salvador Jesucristo, y está siempre subordinado a El.

Cuando el apóstol Juan escribió uno de sus pasajes más conocidos, dijo: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su *Hijo Unigénito*, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.” (Juan 3:16.)

¿Y quién fue así dado por el Padre para ser crucificado? ¿Quién llevó a cabo la expiación sobre el Calvario? ¡Jesús de Nazaret! El fue el Unigénito de Dios. El solo fue el Cordero del Sacrificio desde el principio del mundo. Adán fue el progenitor del Salvador únicamente en el sentido en que él es el predecesor de todos los seres humanos.

Dios tuvo en esta tierra sólo un Hijo engendrado en la carne; pero Adán tuvo muchos, incluyendo a Caín, a Abel y a Set. Adán vivió casi mil años y pudo haber tenido cientos de hijos durante ese tiempo.

Luego, ¿cómo podría decir persona alguna que él tuvo un hijo “unigénito”? ; Cómo podría responderse por todos sus demás hijos? ¿Acaso no fueron todos éstos engendrados en la carne?

¿Fueron Caín, Abel y Set y sus hermanos todos huérfanos? ¿Se ha engendrado jamás criatura alguna sin un padre? Adán fue el padre de ellos, y tuvo muchos hijos. En ninguna forma se le puede señalar como el padre de un solo hijo en la carne.

Pero Dios nuestro Padre Eterno tuvo un solo Hijo en la carne, el cual es Jesucristo.

Entonces, ¿fue Adán nuestro Dios, o llegó Dios a ser Adán? ¡Eso sería absurdo!

Adán no fue Dios ni el Hijo Unigénito de Dios; fue sencillamente uno de los hijos de Dios en el espíritu tal como lo somos todos nosotros. (Véase Hechos 17.) Jesús fue el primogénito en el espíritu, y el único Hijo de Dios en la carne.

El mismo Todopoderoso ha llamado repetidas veces a Jesús tanto su Primogénito como su Unigénito.

Entonces, ¿quién es Adán? Es Miguel el arcángel, designado por Dios y por Cristo para que fuese el progenitor mortal de la raza humana. En este mismo momento, en el año 1980, él todavía se encuentra en su puesto de arcángel cuya trompeta anunciará en los últimos días la resurrección y quien será el capitán de las huestes del Señor en la derrota final de Lucifer.

Adán es el Anciano de días del que habló el profeta Daniel, y como tal se congregará con los fieles en ese mismo valle de Adán-on-di-Ahmán, el cual lleva su nombre. (Véase Daniel 7:9-22; D. y C. 116.)

Al cerrarse esta dispensación, él entregará allí su mayordomía a Cristo, su Maestro y su Salvador, el Señor Jehová, quien a su vez rendirá cuentas al Padre Celestial y Eterno de todos nosotros. (Véase *Enseñanzas del Profeta José Smith*, págs. 142, 182-183, 199, 287.)

Si algunos de vosotros habéis sido confundidos por maestros falsos que vienen entre nosotros, si habéis sido atacados por defensores de doctrinas erróneas, pedid consejo a vuestros líderes del sacerdocio; ellos no os desviarán, sino que os dirigirán por las vías de la verdad y la salvación.

Os doy mi solemne testimonio de que esta, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, es efectivamente la Iglesia y el Reino de Dios. Jesús es el Cristo; Spencer W. Kimball es su Profeta. Somos los guardianes legales y divinamente escogidos de la verdad restaurada. De esto doy fe en el nombre de Jesucristo. Amén.